

AURORA CALVO

DANOS TU LUZ.

CENIAS que ser de Béjar, Aurora Calvo. Béjar tenía que ser la que con el marfil de sus agujas tu corazón insuperable tejiera. Aquel día, nueve de Diciembre, hace cincuenta y siete años, con campanas de Salve en el aire y de armiño rizada la ciudad, naciste tú. Día éste felicísimo para Béjar porque nunca mejor paño, tu alma, será urdido por devanadera alguna. Desde tu infancia, me cuentan, fuiste como las florecillas silvestres que sin cultivo alguno crecen humildes, sencillas, hermosas. Tú, por amor a Dios, igual que las flores del campo te desparramas también plena de místico delirio. Delirio tuyo éste, ternura infinita con que se llega a Cristo en la Cruz. No es imposible, no, emularte Aurora Calvo. Imposible no, pero sí difícilísimo y es que todas las almas no tienen ese temple tuyo forjado a fuerza de transverberaciones. Porque al Amado hay que sabérselo ganar así y su conquista, como tu lo hiciste a fuerza de amarlo mucho dentro de la pureza, de la humildad, con paciencia, queriendo a los pobres y haciéndole absoluta entrega de todo, eso no es nada fácil. Así ahora y ya por siempre, disfrutas de la Bienaventuranza porque de tu vida supiste hacer espíritu para bien manejar, como tú hiciste, la materia. ¿Es cierto que aquí en la tierra somos pasajeros tan sólo de un paraíso cuya estación desconocemos?. ¿Es verdad también que de esta pesadilla insustancial de la existencia únicamente despertamos con el último suspiro?.

Aprendí de un sabio filósofo que, con la muerte es cuando despierta el alma del sueño de la existencia. Si muriendo nacemos a esa realidad que ignoramos, tú, Aurora Calvo, tú, que ya estás en plena conciencia de ese Eden, ábrenos los ojos a la verdad para que veamos claro el camino que ha de llevarnos a El. Tú que tan trillado dejaste este suelo a fuerza de amarlo tanto con santa humildad, arráncanos a esta vorágine mundana que hace más pecadores que justos para que, a través de tu corazón, tengamos más fácil el acceso a esa eternidad. Te lo pide así quien amando mucho a Béjar desea fervientemente que tu causa, la de tu beatificación sea una realidad pronto, pues así, al tiempo que rezo por mi amada Béjar, en ella y por ella amaré y rezaré a la sierva del Señor, Aurora Calvo.

Dános pues tu luz para que nos alumbre la senda de ese eterno mañana encarnada en la de Dios, y para que, en la tierra, sea más grata la vida.

MANOLA PEREZ DE PEREZ DE VILLAR

POEMAS A ISABEL

(III)

Cae la tarde en la copa irisada del crepúsculo
y el viento suave
se llena de rumores.
Un gallo lanza al aire su pregón de guerra;
los blancos vellones que tornan al aprisco
dejan tras de sí
una estela de dulces sonoridades campesinas
y un perro flaco y peludo, ladra en el hortal cercano.

Isabel,
¿dónde estarás ahora?
Te siento muy lejana,
como las orillas de un mar remoto
o el ojo enigmático de la estrella Polar.
Al recordarte
se me llena de imágenes la mente:
el filo de las esquinas como espada en que se corta el viento;
las hojas secas y amarillas de tu jardín
cuando el otoño
nos anega de tristeza el alma;
el pretil del puente
con el rumor del agua herida de guijarros y perfumada de lirios...

En esta paz sin nombre
¡tan inefable es!
se me muere todos los días un poco el corazón.
El violoncello del viento
escancia en mis oídos su misteriosa melodía;
la niebla, que desvanece el contorno de los árboles,

me recuerda el tul de tu vestido
y el humo de la chimenea
el poema de tus pupilas azules.

Isabel,
la ausencia es como una cantárida sorbente y cáustica.
Todo se desploma por dentro,
y en estas ruinas del corazón,
nacen las ortigas
y se llena el alma de verdín.
¡Con qué ansiedad te aguardo!
Me crecen los dedos
y se me encabrita la voluntad, como espantado corcel.

Cuando estás junto a mí
todas las cosas se me iluminan:
al mirlo,
que viene a cantarme desde el tejazoz de la casa,
se le enciende el plumaje;
el sol,
fundido ya en una enorme mancha de oro y púrpura,
aun brilla y ciega,
y el agua del río
va como en volandas sobre el cauce.

¡Oh mágico hechizo el tuyo!
Aquí y allá;
ayer, hoy y siempre.

CARLOS TUS

*

LA VILLA DE

¿VILLAMIEL?

OFRENDA

*A los amigos de los años infantiles.
Al maestro que nos enseñó entonces, don
Francisco Barrigón Solano.
Al joven sacerdote que encauzó mi vida
y dirigió mis pasos al Santuario, don
Baldomero Cillero.
A mis padres... recordando y agradecien-
do tantas cosas...
A mis paisanos todos.*

PORTICO

ATRÁS... tierras llanas! Millares de huellas ovinas o vacunas quedan impresas en estos primeros lodos, fruto de aquellos polvos que flotaron en nubes al pasar rebaños de merinas trashumantes, que luego se sedimentaron en los senderos largos y rasos de la meseta.

¡Pastores!... Estampa bíblica, vieja y siempre actualizada. Mitad castellanos, mitad extremeños. Vertical móvil en la meseta desnuda, estepa-llanura. Ligeramente inclinada al subir nuestros cerros de abultada redondez. En sus caras crestadas de aire y sol, de fríos crudos y calores pegajosos, se dibuja el rictus de la sorpresa al descender a las tierras terriblemente recalentadas antes, a los encinares-pastizales extremeños.

El paisaje cambia brutalmente. Panorama nuevo, espléndido, exuberante. Pinares de verticales árboles chorreando aromática sangre de resinas; castaños de copa redonda; pacíficos olivos grises en oración, retorcidos de penitencia. La tierra ubérrima en multitud de viñedos con cepas dejando caer sobre sí la baba de su savia bajo el medio arco del podador. Chopos como hitos del paisaje; rectos y fijos en los regatos hondos como guardias que ordenan la circulación de su kilometraje de plata entre berrocales.

En las orillas de antiguas calzadas, en valles verde-azulados, en cerros suaves, los pueblos. Pueblos que son o alquerías con nombres de pueblos que fueron.

UNA PROTESTA

En la Villa de la que vamos a hablar se han deshecho raras ven-